

una caricatura, quiero concentrarme en el hecho de que Esteban, utilizando la analogía del mapa, nos sugiere una teoría genuinamente pragmatista de la representación. La clave de la misma es que hay que tener en cuenta los fines de las representaciones, así como sus resultados, pues de otro modo podríamos caer en las conocidas paradojas que autores como Goodman o Putnam han señalado con acierto. Estas paradojas se evitan cuando tenemos en cuenta el carácter instrumental de las representaciones, ilustrado de un modo claro en el ejemplo de los mapas. Curiosamente, Rorty contrapone mapas y herramientas, como si un mapa no fuese, por encima de todo, una herramienta. Dewey, en cambio, tiene claro este carácter de los mapas, y trata de entender su elaboración como un proyecto situado. Además de muchos otros comentarios que se podrían hacer, el hecho de que un pragmatista como Dewey nos ofrezca elementos para hacer más verosímil el proyecto rortiano debería alertarnos acerca del carácter esencialmente abierto que todavía posee el neopragmatismo.

El contenido del libro, como es lógico, no se agota con los aspectos que he comentado aquí. Hay bastantes más cosas. Por poner un par de ejemplos: un homenaje bibliográfico a Quine que explora los nexos entre Pragmatismo y Empirismo existentes en su obra; o un análisis de la racionalidad ecológica y su concepto clave de *heurística* en busca de sus conexiones con Dewey. Sin embargo, con lo aquí tratado espero haber mostrado algo del interés que tiene este libro de Esteban, cuyo significado último podría relacionarse con ese famoso *dictum* de Larry Hickman acerca de «poner el pragmatismo a trabajar», aunque el autor, como él mismo reconoce, no sea demasiado afecto a los eslóganes.

\_\_\_\_\_  
 José María Filgueiras Nodar es licenciado en Filosofía  
 (Universidad de Santiago)

## Pierre Bourdieu: la sociología y yo

Justo Serna

Los intelectuales son un grupo humano paradójico: se crecen interiormente alimentando un yo que les aleja del resto; se rehacen con nutrientes culturales ajenos que ellos sintetizan con metabolismo erudito; interiorizan experiencias que para la mayoría de los mortales son datos puramente externos. Son un grupo paradójico porque lo que hacen como creadores o como académicos les distancia objetivamente de la masa y, sin embargo, esa misma cualidad o esa diferencia imantan, atraen, seducen.

Justamente por eso, sabiéndose escuchados, seguidos, aplaudidos, levantan su voz, pero no sólo de lo que saben, de aquello en lo que son competentes, sino también de otras cosas públicas que a muchos interesan y sobre las que ellos creen tener opinión o juicio. Intervienen en la prensa, se hacen presentes en los medios, denuncian, aprueban, condenan, celebran... y su imagen se impone más allá de su propia obra. Es raro poder escapar del envanecimiento que este proceso suele provocar, pues saberse conocidos y apreciados, saber que hay tantos que aguardan esa voz o dictamen, trastorna. Por esta circunstancia paradójica —un mundo interno cuyas emanaciones se esperan con unción y fervor—, muchos intelectuales maduran mal, padeciendo frecuentes trastornos narcisistas. Entre quienes están muy pagados de sí mismos, entre quienes sueñan con la posteridad,



Pierre Bourdieu  
*Autoanálisis de un sociólogo*,  
 Barcelona, Anagrama, 2006.  
 Moreno, José Luis, y Vázquez,  
 Francisco (eds.),  
*Pierre Bourdieu y la filosofía*,  
 Barcelona, Montesinos, 2006

no es raro hallar casos de engrimiento fantástico: gentes que, cuando recuerdan la propia vida, se engañan con sus logros, su identidad y su coherencia. Tanto es así, que a muchos habría que enviarlos al diván. Es allí en la soledad incongruente de la vida en donde deberían examinar su actos o sus cobardías para así abandonar el último rastro de jactancia. Lamentablemente, esto no es corriente y, por eso, las memorias de los intelectuales pecan de congruencia, de afectación. ¿A quién o a quiénes me refiero?

Acabo de leer dos libros sobre un mismo intelectual. El primero se titula *Autoanálisis de un sociólogo* y el autor es Pierre Bourdieu. El segundo, que está coordinado por José Luis Moreno Pestaña y Francisco Vázquez García, está dedicado a *Pierre Bourdieu y la filosofía*. De entrada he de confesar que este sociólogo no es un académico o un estudioso que me entusiasme particularmente. Es más, he escrito sobre y contra alguna de sus obras, por haber juzgado confusas sus respuestas. Eso no quita, sin embargo, para que me haya interesado su empeño analítico. Pero ahora más que sus categorías, me han conmovido sus memorias y las evocaciones agradecidas y polémicas de sus antiguos amigos y seguidores. En todo caso rezuman sinceridad y modestia, algo bastante insólito en el medio intelectual francés y, por extensión y contagio, en el ámbito español.

Pierre Bourdieu era un sociólogo reconocido, un estudioso francés que alcanzó la celebridad en los años setenta y ochenta. Fallece en 2002, cuando aún tenía mucho que decir y cuando sus análisis brillantes e impertinentes todavía podían rendir fruto. La muerte siempre llega demasiado pronto, corta una reflexión y consume nuestras potencias. Conozco a pocas personas de las que se pueda decir «ya viviste lo tuyo». En el caso de Bourdieu, su creatividad nos prometía un porvenir de debates interesantes y ásperos, sobre todo a quienes no le teníamos por maestro. La Parca, pues, nos arre-

bata a un interlocutor con quien crecer y madurar: toda una amputación. Nos conformaremos, por tanto, con lo que Bourdieu nos lega, que es, en definitiva, una obra intelectual interesante e impertinente. Los lectores pueden apreciar en sus obras la variedad y la calidad polémicas, la decidida voluntad de controversia. Trató desde la dominación masculina hasta la televisión, desde el consumismo hasta el parentesco. Siempre, eso sí, con esa desenvoltura tan francesa que muchos seguimos valorando.

Ya lo hemos dicho: un intelectual de París es alguien que se agiganta al hablar, consciente de sus recursos: alguien que diagnostica, que enjuicia, que dictamina... sabiendo que siempre podrá doblegar lo real aun cuando ese referente externo le oponga mucha resistencia. En Gran Bretaña, los escritores no disfrutaban de ese crédito: a veces incluso son parias. En cambio, en Francia, un intelectual es una figura prestigiosa, envidiada, a despecho de sus mamarrachadas. Por lo que yo sé, Bourdieu no se prodigó con necedades graves, inconsecuentes o delictivas. Ustedes me perdonarán, pero eso ya lo hace atendible en ese gremio de frecuentes voceadores. Reparemos, pues, en su obra y en los libros que ahora le devuelven actualidad.

Pierre Bourdieu era alguien cuyo prestigio internacional se debía en parte a la posición académica que conquistó con perseverancia y méritos, con actitudes y aptitudes que le encumbraron cuando París era el centro de un dominio intelectual. En principio, este hecho no es extraño y se repite entre los *maîtres à penser* que Francia exporta desde antiguo. Ahora bien, en el caso de Bourdieu, ese dato es distintivo si tenemos en cuenta el origen pirenaico, provinciano, excéntrico, de un joven que debió asediar el París institucional en la posguerra (el acceso a la *École Normale Supérieure*), un joven que tenía un marcado acento rural, aldeano (según él mismo reconocía), acento por el que se le ultrajaba con discriminación me-

tropolitana. Esa laceración y el aislamiento académico alimentaron su rechazo y, sobre esas heridas, Bourdieu acabará erigiendo su obra, su triunfo personal y su desquite de clase, si me permiten decirlo así.

Este éxito intelectual ha sido tan grande que para muchos de sus lectores y seguidores, decir sociología francesa y decir Bourdieu son una y la misma cosa. Es más: su influencia va más allá de las ciencias sociales y, por eso, no es una rareza el imprescindible libro que José Luis Moreno y Francisco Vázquez dedican a sus tratos con la filosofía. Para ambos autores —y en general para quienes escriben en dicho volumen—, Bourdieu se tomó en serio la tarea más noble del saber: la iluminación. Radicalizar las luces, destapar, desvelar, incluso contra sí mismo. Para sus deudos más militantes —que forman una especie de cofradía, afín y cerrada—, una amplísima bibliografía lo respalda: pero también una gran variedad de objetos lo confirman (la familia, el sistema educativo, el arte, etcétera); un léxico característico lo identifica (con acepciones propias que aplica a diversos ámbitos); y, en fin, una contribución original lo reafirma, rebasando los límites de distintas corrientes. No es ni subjetivista ni objetivista, ni estructuralista ni individualista, ni marxista ni liberal... Como un autor que se admite distante, se alza y se aleja de posiciones predeterminadas, cosa que es de agradecer; pero, a la vez, ese esfuerzo intelectual le llevó en sus polémicas a la arrogancia de quien se sabe mejor colocado. Por eso, de él puede decirse que trata lo fundamental, que aborda las cuestiones básicas de nuestro tiempo y que, en sus textos más felices (que no son tantos), llega a concepciones perspicaces. Por los objetos difíciles que aborda, pero sobre todo por el lenguaje artificial con que los enfrenta (*habitus*, campo, estrategia, etcétera) y por la índole académica de sus libros, los análisis que emprende no siempre sobrepasan las barreras de un público universitario.

*Autoanálisis de un sociólogo* es una especie de autobiografía escrita poco antes de morir, una *autobiografía* en la que el autor repudia esa etiqueta de los géneros literarios: son recuerdos personales en los que Bourdieu dice rechazar la añagaza de la memoria o, como dijo en cierta ocasión, la *ilusión biográfica*. ¿Por qué razón? Sus obras se concibieron como una superación de las viejas contradicciones de las ciencias sociales: individuo-sociedad, estructura-acción, regla-libertad. ¿Cómo abordar la explicación de lo social? Bourdieu trató durante toda su vida académica de concebir una doctrina basada en el dato empírico, pero también una doctrina que aunara a los clásicos más fértiles (Marx, Durkheim, Weber) permitiendo analizar lo concreto: sin recaer en el vicio especulativo de los filósofos franceses y sin abandonarse a la creencia de la libertad indeterminada que predicara Jean-Paul Sartre. A mi juicio, el resultado fue una heroica tentativa inevitablemente condenada al fracaso, pues no todos le han seguido ni todos aceptan los planteamientos de su ciencia social: Bourdieu creyó resolver las aporías, las contradicciones tradicionales de la sociología, pensándose equidistante del existencialismo y del estructuralismo, de la existencia incondicionada que se crea en el acto y de la estructura que determina un comportamiento.

La biografía o la autobiografía serían géneros que hacen depender el relato de una ilusión, de esa ilusión que Bourdieu denunciara: el sujeto se expresa y se manifiesta según una narración que hace de su esencia un embrión que se despliega. La coherencia del yo, sus presuntas congruencias más allá de los diferentes contextos, sus preferencias bien claras de principio a fin, el concepto mismo de relato ordenado. Frente a la ilusión biográfica que Bourdieu repudiaba (que guiaría los géneros del yo y de la memoria), la vida es bien distinta, como el espacio de lo posible, un dominio en el que hay reglas que los agentes saben o no saben, que cum-

plen o incumplen según los réditos que de su acción o inacción se deriven. Por ejemplo, los agentes académicos; por ejemplo, los agentes intelectuales.

Pero, al final de su existencia, cuando la muerte ya es una evidencia próxima, vemos a Bourdieu escribiendo una autobiografía que rechaza ese apelativo, una autobiografía selectiva, parcial, a la que se resiste a llamar así. ¿Por qué razón? Porque prefiere llamarla autoanálisis (según una acepción vagamente freudiana), una inspección sobre sí mismo hecha en un diván metafórico que lo convertiría en objeto antes que en sujeto. Eso es, al menos, lo que él cree. Se objetiva, se hace cosa observada, como predicara Émile Durkheim, para superar el subjetivismo o el sentimentalismo. En todo caso, fuera de esta impostación antisubjetiva, dicha obra es la más accesible de Bourdieu, la más personal y tiene un halo trágico semejante al que apreciábamos años atrás en *El porvenir es largo*, de Louis Althusser: un ajuste de cuentas consigo mismo en el que los empeños y las empresas acaban viéndose en parte como un fracaso. Sería injusto que de Bourdieu repitiéramos otra vez lo que Henri Poincaré –contemporáneo de Durkheim– predicara de la sociología: que «es una teoría que puede ofrecer el mayor número de métodos y el menor número de resultados». Pero no sería incorrecto si dijéramos que los resultados de Bourdieu son magros: magros si los comparamos con los empeños que él se propuso y si los cotejamos con los métodos a que obliga la complejidad del individuo y de sus relaciones, normas y valores. En realidad, nunca acabaremos de resolver lo que Bourdieu creyó haber resuelto, pensando que su obra –como la de un Ludwig Wittgenstein de las ciencias sociales– acababa con las contradicciones académicas.

Frente a tantos y tantos intelectuales que viven en el hiperurano, en el reino de las ideas, Pierre Bourdieu fue un sociólogo que se propuso acercarse a lo real. Con erro-

res y porfías inexplicables, con una prosa frecuentemente desabrida, Bourdieu supo, sin embargo, diagnosticar alguno de los males que aquejan a esos sabios sin ataduras. Entre ellos, el del idealismo de tantos intelectuales de izquierda que creyeron acercarse a lo real forzando su radicalismo ideológico, haciéndose maoístas o trotskistas, por ejemplo: «Los efectos del aislamiento», dice en su última obra, «acentuados por los de la elección escolar y de la cohabitación prolongada de un grupo socialmente muy homogéneo, sólo pueden, en efecto, propiciar un distanciamiento social y mental en relación con el mundo que nunca es tan manifiesto, paradójicamente, como en los intentos, a menudo patéticos, por alcanzar el mundo real, en particular mediante los compromisos políticos (estalinismo, maoísmo, etcétera) que por su utopismo irresponsable y su radicalidad irrealista manifiesta que siguen constituyendo una forma paradójica de negar las realidades del mundo social».

Bourdieu no incurrió en ello.

---

*Justo Serna es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat de València*